

GAZETA DE MADRID

DEL SABADO 6 DE JUNIO DE 1812.

GRAN BRETAÑA.

Londres 22 de abril.

Acaba de suceder en una de las cámaras del parlamento una cosa que debe acarrear consecuencias demasiado funestas al reino-unido, y es la negativa de los ministros á la petición de los católicos de Irlanda. Este acto, excesivamente injusto é impolítico por su naturaleza, va tomando un carácter mas peligroso, y debe dar tanto mas envidia quanto es una providencia tomada en los primeros dias de la regencia del Príncipe de Gales. En efecto, se sabe que S. A. R. mucho tiempo antes de tomar las riendas del gobierno habia asegurado secretamente á los gefes de los católicos irlandeses que no se opondría á su emancipación, quando las circunstancias le permitiesen manifestar sus sentimientos. Estas circunstancias han llegado ya, y el Príncipe Regente ha hecho todo lo contrario de lo que de él debía esperarse. ¿Qué idea formará el pueblo ingles de la violación de un empeño contraído tan libremente, y sostenido durante tantos años? Lo único y lo mejor que puede alegarse para defender y excusar al Príncipe de Gales es que en esta ocasion ha desconfiado de su propia opinion, y que ha creído que debía ceder al dictamen de Mr. Perceval. Pero en este caso ¿quál será la suerte que espera á la Gran Bretaña, si el príncipe destinado á ser su gefe, y que ya lo es de hecho, se dexa gobernar por otro, si no es mas que el instrumento de un ministro que en materias de política no tiene sino ideas mezquinas y falsas, y que en materias de religion se dexa gobernar ciegamente por los metodistas, cuyo fanatismo absurdo escandaliza á los hombres mas religiosos?

El pretexto que se alega para no acceder á la emancipación de los católicos ni aun merece ser discutido. Dicen que habiendo sido despojados de sus propiedades los padres ó los ascendientes del mayor número de los católicos irlandeses, es preciso cerrar á estos todos los caminos y toda esperanza de llegar á obtener empleos públicos, porque sería arriesgado confiarles alguna porción de autoridad. De esa suerte quando se ha cometido una injusticia, será imposible volver á entrar en el camino de la equidad. Pero los hechos desvanecen semejantes paradojas: en todos los pueblos antiguos y modernos ha habido innumerables confiscaciones, y no se ve que los que las han sufrido, ni menos sus descendientes, hayan turbado por eso el orden público. En una nacion vecina de la Inglaterra una clase casi entera de la sociedad ha sido privada, á consecuencia de los acontecimientos de una revolución terrible, de la mayor parte de sus bienes: sin embargo, ha vuelto á entrar en su patria, y en ella vive tranquila y feliz baxo la protección y sombra de las leyes. Además, ¿cómo el gobierno del reino-unido puede temer que la tranquilidad pública sea turbada por las supuestas afecciones odiosas de los católicos irlandeses? En Irlanda, así como en la Inglaterra, todos aquellos que están encargados de la conservación de la paz del Rei en los condados, los tenientes de la paz, y los jueces de paz son nombrados por la corona;

y no hai cosa mas fácil que confiar estos destinos á los sujetos de cuya fidelidad no pueda sospecharse. Pero dirán que los católicos, si llegan á ser miembros del parlamento británico, obtendrán de él *bills* perjudiciales á los intereses de los protestantes; mas este temor es tambien infundado. Si, por un imposible, fuesen católicos todos los irlandeses llamados á ocupar su asiento en la cámara baja, ¿qué podrían hacer contra 558 vocales, todos de religion distinta de la suya?

Pero ¿quál debe ser el resultado de este nuevo ultraje hecho á los católicos? La imaginación se estremece al considerar sus efectos presumibles y casi inminentes. El resentimiento de la Irlanda era ya demasiado grande, sin necesidad de que un ministerio perverso é inconsiderado viniese ahora á aumentar los agravios hechos á aquel pueblo valiente. La Irlanda ha sido tratada de seis siglos á esta parte por la Inglaterra con una barbarie que no tiene exemplo en los anales de los pueblos civilizados. Mas de las dos terceras partes de su población han perecido en las matanzas, que solamente los ingleses han honrado con el nombre de guerras. Si la suerte de aquel desgraciado país se ha mejorado algun tanto durante unos pocos años del reinado de Jorge III, no ha debido este beneficio á la justicia ni á la moderación del gobierno. En tiempo de la guerra de América la Irlanda estaba expuesta á una invasión, y el ministerio ingles se vió obligado á tolerar la formación de los cuerpos de voluntarios, en los cuales fueron admitidos muchos católicos. La Irlanda se aprovechó de esta coyuntura para pedir la independencia de su parlamento, y que se suavizasen algunas leyes penales contra la religion proscrita: el gabinete de S. James hubo de ceder: la conducta de los católicos despues de esta concesión forzada correspondió á los temores que afectan todos los que están asalariados por los ministros. Nadie hai que se atreva á negar que los católicos han servido al gobierno con el mayor zelo, y que se han estrechado y hermanado con los protestantes. Esta union es lo que llenó de sobresalto á los ministros: varios emisarios de la tesorería persuadieron á los protestantes que si los católicos continuaban teniendo armas, se servirían de ellas para trastornar el gobierno, y entronizar el papismo. Inmediatamente las cuadrillas de *peep-d-day-boys* asaltaron al amanecer las casas de los católicos, y les quitaron las armas: estos, viendo que el gobierno no hacia caso de sus representaciones, ni suspendía la ejecución de las violencias que se cometían contra ellos, se unieron para defender sus vidas y sus propiedades. Los *defenders* no tardaron en hacerse formidables á sus contrarios: quando el odio entre los dos partidos llegó á su mayor punto, el gabinete de S. James envió á Irlanda tropas contra los *defenders*, y estas cometieron mas crueldades con los *peep-d-day-boys*. Durante estas escenas de devastación se formaron en Dublin y en Belfort ciertas asociaciones con el nombre de *irlandeses unidos*, con el objeto de obtener por medios legales la reforma parlamentaria y la emancipación de los católicos. El gobierno no dexó de prescribir á los grandes jurados que se declarasen á favor de

los protestantes, y que creasen en muchos condados sociedades encargadas de restablecer la *desunion*, y de perseguir á los católicos.

Las turbulencias llegaron á su último punto en el año 1794: los ministros necesitaban de subsidios, y creyeron que debían abstenerse momentáneamente de las medidas de rigor. El lord Fitz-William fue nombrado virrei de Irlanda; y él prometió en nombre del gobierno la reforma y la emancipación; pero inmediatamente que se concedieron los subsidios pedidos, el lord Fitz-William fue retirado de su empleo, y los ministros se gloriaron de haber engañado á la Irlanda. ¿Qué hizo esta entonces? Muchas sociedades que formaban entre sí hermandad, se obligaron con juramento á trabajar con perseverancia en formar una fraternidad de afecion con los ingleses de todas religiones, y á pedir una representación igual y completa de todo el pueblo. A instigación de los ministros aparecieron inmediatamente armados los bandidos, y se les dió el nombre de orangistas, á fin de hacerlos pasar por defensores del gobierno y de la religion protestante. Los *fencibles* y algunas tropas de línea inglesas y alemanas inundaron la Irlanda, y el pillage, los asesinatos y los incendios la desolaron en toda su extension. Solamente restaba que los ministros recurriesen á una nueva perfidia. Pareció por un momento que ya estaban hartos de sangre, y ofrecieron una amnistía á los que se reconociesen irlandeses unidos, y prestasen juramento y rindiesen pleito homenaje al Soberano. Como se ofrecía tratar á los católicos como á irlandeses unidos, se presentaron los mas de ellos sin rebozo; pero lo que se quería era conocerlos: continuó con mas ardor la persecucion, y un número infinito de irlandeses fueron arcabuceados, quemados pueblos enteros, y pasados á cuchillo sus habitantes.

¿Qué garantía pueden tener los ministros contra una nacion perseguida tan cruelmente? ¿Cuentan acaso con la union de este reino con la Gran Bretaña? Pero ¿quién no sabe que esta fue arrancada por la fuerza? En el momento en que se declaró la union, quando 1600 hombres de tropas regladas y de milicias ocupaban la Irlanda, y á pesar de su actitud amenazadora y de las tramas secretas y corruptoras de los ministros, el parlamento irlandés todavía se atrevió á desechar al principio semejante union. ¿Quién pues podrá decir que en ella está declarado el voto unánime de aquella nacion? De 300 vocales de que se componía su parlamento, solamente 170 accedieron á esta medida; y para ganar estos votos fue preciso que los ministros encontrasen el medio de hacer que 40 hechuras suyas ocupasen otras tantas plazas vacantes. ¿Se han olvidado tambien nuestros ministros de que 700 irlandeses se declararon por medio de representaciones elocuentes y enérgicas contra esta acta, la qual se encaminaba á esclavizar su patria, y de que solamente se ha podido oponerles la representación de 30 partidarios de la union?

ESPAÑA.

Madrid 5 de junio.

A los señores redactores de la gazeta de Madrid.

Mui señores míos: un amigo mio, que reside en Arcos, me ha dirigido por el último correo la adjunta carta que acaba de recibir de Cádiz, donde se leía y se buscaba con ansia, como uno de los papeles mas interesantes que se han publicado en aquel puerto.

¿Es verdadera ó apócrifa? ¿Se ha forjado en Cádiz ó en Londres? No lo sé; pero los amigos del duple, dice mi correspondiente, aseguran que es un

desahogo de los ociosos de Londres para divertir á John Bull: los eruditos de Cádiz declaran haber anglicismos en el estilo, lo que prueba que la carta está traducida de la lengua inglesa. Yo me lavo las manos, y remito á vmds. el papel, tal qual ha llegado á mi poder. Si vmds. le juzgan digno de sus lectores, pueden darle un lugar en su periódico.

„Dios guarde á vmds. muchos años. Madrid 1.º de junio de 1812. B. L. M. de vmds. su atento servidor y capellan = Pedro Dimas Fernandez.“

Carta del duque del Infantado, presidente de la regencia del reino de España, al lord secretario de Estado y de Relaciones extrangeras de Inglaterra.

Milord:

Los cuidados del gobierno me han impedido participar antes á V. E. mi arribo á Cádiz, y ofrecerme de nuevo humildemente á sus órdenes.

Desde el momento de mi llegada á este puerto, cumpliendo con las instrucciones de V. E., me he ocupado mui particularmente en averiguar el estado de la opinion pública. He observado que durante mi ausencia ha cambiado de un modo, que me desagrada y me arredra. He sabido que los individuos de las cortes, que han estudiado en las universidades el decantado derecho de los hombres, y gustan de las ideas llamadas liberales, son los que han triunfado y hecho esa constitucion, que es un mero comentario de la que por mi mal ayudé á formar, y firmé y juré en Bayona. Me arrepentí mui luego, y creí que ya no se hablaria jamas de tal cosa, que no conviene á españoles como nosotros; pero estos literatos, con su nuevo libro, nos quieren reducir á cero, y echan por tierra los fueros y privilegios de la casa de Borbon, suponiendo haber ocasionado la ruina de los pueblos que han gobernado los príncipes de aquella familia.

Las pretendidas ideas liberales de Bayona, que propuse en mi corazon no adoptar de buena fe, y cuya destruccion creí haberme proporcionado la célebre batalla de Bailen, no cundieron aqui al principio, gracias al patriótico zelo de algunos hombres respetables por su edad y prudencia. Los filósofos y los jansenistas se han burlado de sus buenas intenciones, y los han reducido á la nulidad, añadiendo á este desprecio la insolencia de apellidarlos gente gótica y sin ciencia. Así es que, hollando la nobleza, y llamando abusos á los privilegios del estado eclesiástico, la primera ha perdido casi toda su consideracion, el segundo mantiene sus fueros con trabajo, y hasta la inquisicion y los frailes han sufrido terribles ataques.

El estado de la opinion general, y la analogía de los principios enunciados en las cortes, me hicieron temer por un momento la reunion con Josef; puesto que hasta los españoles estimables de mi regencia convenian en que, respecto á lo que llaman buenas ideas, nada habia que desear, ni que esperar mas de lo plantificado ya por el gobierno enemigo. ¡Tal habia sido, milord, el progreso de las funestas ideas liberales!

La guerra tambien ha mudado de objeto. Solo se habla de si España quedará íntegra é independiente, y nadie se acuerda del príncipe de quien fui consejero íntimo. En esta parte se ha perdido capítulo, á punto de que por aquel principio de conservar la integridad é independencia, hasta han celebrado la guerra que los insurgentes de Buenos Aires han declarado á la princesa Carlota, porque usando de los sagrados derechos de su apellido, quería aplicar unas quantas plazas y territorio que le convenian á su principado del Brasil. V. E. tuvo la bondad de hablarme de este

proyecto, y de asegurarme que ese gabinete había convenido en él, por ser necesario indemnizar de algunas pérdidas á aquellos príncipes. Yo lo he dicho á algunos magnates al oído; pero no me ha parecido d.berlo revelar á la multitud, que al cabo es ignorante.

Ese gobierno adivinó sin duda la situación crítica de sus aliados, y lord Wellington, en virtud de sus órdenes, perdió de vista los navíos; y se presentó de nuevo en la palestra. Su señoría ha hecho revivir el espíritu público en Extremadura; pero los filósofos de las cortes le acriminan cruelmente por haber saqueado á Ciudad-Rodrigo y Badajoz, establecido horcas, y talado los campos (1). Estas gentes de estrechas ideas políticas ignoran que la generosa nación británica aborrece el sistema de terror y vandalismo, aunque sacrifica con dolor su reconocida sensibilidad á la razón de estado, que exige imperiosamente la formación de un desierto delante de Portugal; y que tal precaución manifiesta las moderadas intenciones de ese gobierno, cuyas triunfantes armas pueden verse obligadas á hacer una brillante retirada, después de las dos victorias que han conseguido en el discurso de tres años. Aquellos escolares no saben apreciar lo que hace tanto honor á la política, prevision y prudencia de ese gabinete. Hai pocos que conciben que destinado Portugal á ser uno de los puntos desde donde se distribuirán las calamidades que merece la Europa, por haberse opuesto á la voluntad de la Gran Bretaña, conviene poner el hambre y la miseria por antemurales de aquel reino. ¡Felices los súbditos de mi regencia, que tendrán la gloria de haber contribuido á la grandeza futura del imperio británico, en retribución de lo que él hace por nosotros!

La regencia, á cuya cabeza me hallo, tiene una verdadera satisfaccion de que se haya elegido esta península por campo de batalla, en donde se han de decidir tan grandes intereses, y verá con gusto que su generosa aliada fomenta sus fábricas, mande en toda la India, pesque tranquilamente en Terranova, sancione sus principios marítimos, é inunde el continente de géneros coloniales. Así nos vengaremos de Napoleon, protegiendo, en quanto podemos, la declaracion de 1806 y los decretos de 1807.

No alegando pretextos vanos para la continuacion de la guerra, la Gran Bretaña da una prueba de la justicia de sus sentimientos; declara francamente el legítimo motivo de la contienda, y así se pone á cubierto de la crítica general.

Los filósofos de moda no se persuadieron nunca de que se pensaba en el restablecimiento de los Borbones. La Inglaterra, decían, desconoció en la guerra de sucesion los derechos de aquella fami-

lia; imprimió memorias para manifestar que aquellos tenían su origen en la bastardía de Henrique II, y en la usurpacion contra la familia de Henrique IV, y no pasó en silencio la renuncia de la infanta que casó en Francia.

Quando se hablaba de usurpacion se escandalizaba aquella gente de que pronunciase esta voz los que, según su modo de pensar, se han apoderado de la India, destronando, esclavizando, y aun haciendo perecer tantos Reyes; y llegó su criminal osadía al grado de decir, que si la Gran Bretaña adoptaba el principio de restitution, debía su actual dinastía dar el exemplo, acordándose de la injusticia é ilegitimidad con que el cetro de Inglaterra se halla en manos de los príncipes de Orange. Los que estan enterados y bien instruidos de lo que pasó en Aranjuez, Madrid y Bayona, y de quanto se hizo en esta última ciudad, eran los mas acérrimos enemigos de que se proclamase la usurpacion como causa de la guerra. V. E., que conoce mis ideas, puede hacerse cargo de lo que habré sufrido oyendo unas bachillerías tan absurdas como impolíticas.

Los españoles ignorantes, atónitos de ver á los quemadores anuales del Papa defender la inquisicion y los frailes, creyeron algun tiempo que la Inglaterra se había convertido, volviendo á la religion que sacrificó á los amores de Henrique VIII, y esperaban á cada momento la noticia de que los católicos de Irlanda no gemían ya baxo el yugo del supuesto fanatismo anglicano.

La experiencia, la publicidad que se ha dado á los decretos contra aquellos católicos, y la conducta de los individuos del ejército ingles han desengañado á nuestro populacho, con mucho perjuicio de la buena causa, pues dice que nuestros aliados son los mas inexorables y encarnizados perseguidores de la creencia católica.

La desolacion, compañera inseparable de la guerra, y la mala cosecha han producido una miseria general. Sin los auxilios que nos ha prodigado esa nacion generosa hubiéramos parecido irremisiblemente. Con ellos vamos saliendo del apuro con mucha gloria nuestra, sin que por eso los destructores hayan dexado perder esta ocasión de hablar contra ese gobierno. Se quejan de que los buques ingleses, si bien nos han traído harinas, las han vendido á un precio tan excesivo, que se han llevado el poco numerario que poseíamos. Añaden que contribuimos así á la prosperidad del comercio ingles, que se aprovecha con sagaz perspicacia de las calamidades, que para fomentarle difunde en Europa su benéfico gobierno; que esta residencia y la corte de Portugal son las dos colonias mas productivas de la Gran Bretaña, y que los cambios comerciales harán desaparecer muy pronto del

huellas de su gobierno, y tratándolos como esclavos y vendidos, se ha dignado contestar friamente, que estas son consecuencias de la guerra.

Los mas infatuados y engañados por los ingleses han sido las primeras victimas: preguntéles como á los pueblos de la Extremadura. Sus representaciones y lamentos despedazan el corazon. Todos recurren pidiendo tropas francesas, que llaman ángeles, para que les sirvan de antemural.

Se sabrán los hechos por menor, y se conocerá en todo su valor la infamia de los viles traidores, indignos del nombre español, que seduxeron y acalararon las pasiones populares, disfrazando con ellas el llevar á cabo sus ideas y mezquinos intereses; é hicieron abrir las puertas á nuestros feroces y naturales enemigos; contra quienes el grito de la indignación nacional, los mánes de las victimas sacrificadas en las fragatas tomadas en el 12, el honor y el interes español nos habian empenado en la mas justa de las guerras,

(1) El autor de la carta hace bien en parte de pasar tan por encima sobre un punto que excita el clamor universal. Los ingleses han tratado á sus aliados los españoles en las plazas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz como á los nababes de la India. El saqueo ha sido general, se han violado de un modo brutal y peculiar de las tropas de aquella nacion las mugeres casadas, solteras, religiosas, de todas clases, entrando en los conventos, profanando los templos, hollando las santas formas, y pisándolas en horror y desprecio del catolicismo, para ellos primer crimen; y sobre lo que no admiten tolerancia. Lo mismo acaban de executar en otros pueblos de Extremadura, á que llegaron unas divisiones inglesas, dexándolos arrasados en su retirada, y talados enteramente los campos, que ofrecian los mas opimos frutos. La conducta de estos vándalos no se puede describir sin horror. El clamor ha sido tal que hasta los demagogos de Cádiz se ven por donde se quejarse al lord Wellington, el qual siguiendo las

país todo el dinero. A la verdad no habría mal en esto, pues él es el origen de todos los males que afligen al género humano.

No puedo disimular á V. E. que los españoles de mi regencia se han exasperado aun mas con el destrozo de buques y arsenales ordenado por el gobierno británico.

Los talentos subalternos no pueden apreciar las altas ideas de ese gabinete, que en nuestras conferencias diplomáticas repetía V. E. con tanta oportunidad, reducidas á dos principios luminosísimos. „La regencia no necesita navíos, porque su amiga la Inglaterra le prestará los suyos. Si Josef manda en España no debe quedar ni una astilla naval, porque pretenderá restablecer la marina española, y oponerse á los justos y legítimos principios marítimos adoptados por la Inglaterra.”

Siento tener que participar á V. E. que, á pesar de mis explicaciones, han desconocido estos dos axiomas muchos individuos de las cortes, y la generalidad de los súbditos de mi regencia; y que comunmente se dice que solo un enemigo de España puede conducirse de este modo, obligándola á ser el juguete de la Inglaterra, que no la permitiría sin su beneplácito hacer ningún género de comercio. Añaden que los navíos no pertenecen á Fernando ni á Josef, sino á España, que por lo mismo su destrucción es un daño para esta, que tarde ó temprano gastará sus tesoros en construir otros, sea quien fuere el que la domine; y finalmente que la conducta que suponen han observado los franceses en sus conquistas, ha sido muy diferente. No quisiera incurrir en el desagrado de V. E.; pero en mi honor no puedo menos de asegurarle que mientras permanecí con ellos, conservaban á España los efectos nacionales, como lo pudieran haber hecho los mas zelosos españoles.

Muchos interpretan esta conducta, diciendo que no ignoran los estratagemas y astucias de la política británica, que se dirige siempre á destruir los medios que pueden contribuir á facilitar el golpe mortal, tan temido de los ingleses amantes de su patria; y que ha alejado esta época de dolor, suscitando nuevas guerras en el continente, y alimentando el fuego de la discordia. En vano les instruyo en las profundas máximas de V. E. sobre el código marítimo, y sobre todo de las ventajas de que sin navíos ni arsenales quedamos por mucho tiempo en una perfecta neutralidad con relación á las disputas marítimas.

Se ha esparcido una voz en esta ciudad acerca de los designios de ese gabinete sobre la suerte futura de la España. Los individuos de las cortes se han horrorizado de la idea de una division territorial. Yo no me he atrevido á hacer entrever el pensamiento de dar algo á Portugal; pues aun sin esto me empiezan á mirar como un emisario de la Inglaterra. Demasiado se habla ya de que todos los movimientos militares ingleses no tienen por objeto sino fortificarse en Portugal, agregarle una ó dos provincias españolas, y formar del todo una monarquía, cuyas colonias serian Cádiz y la Isla de Leon. Sus sospechas se vigorizan observando que los ejércitos británicos, á pesar de sus gloriosos triunfos, no dan muestras de adelantar en sus operaciones.

No dudaría, milord, que hubiese alguna fermentacion en esta residencia. Si tal sucediese, los que se titulan hombres de bien y los literatos correrían á la primera alarma al partido de Josef, que les ofrece integridad, independencia é instituciones conformes á sus deseos favoritos, y á lo que

llaman *el estado de luces en Europa*. Pero nosotros en todo caso y evento contamos con las ofertas y bondad de V. E., y con la generosidad de ese gobierno.

Aquí tiene V. E. el quadro fiel de la situacion en que esto se halla. Por una fatalidad inconcebible hemos perdido bastante terreno; se siguen por muchos las máximas de los franceses y afrancesados, y aun hai un poco de ingratitud (digna por cierto de castigo) hácia esa nacion que quiere proteger benéficamente el comercio de las demas; pero que exige, como es justo, la tributen en cambio la veneracion y primacia debidas, y que sobre todo hagan aquel en los términos que ella les prescriba.

Quedan sin embargo partidarios razonables que desean que el gabinete ingles continúe en su digna empresa de ayudarnos como hasta aquí, sin dar oídos á los fabricantes de Nottingham, Bermingham y Manchester, aunque perezcan por falta de trabajo; ni escuchar á los súbditos de la Gran Bretaña, que claman por el fin de una guerra tan funesta; ni hacer caso de los oradores que intentan probar que la sangre inglesa debe anteponerse á las guineas del monopolio: la generosidad del ministerio, y no la elocuencia de aquellos, obtiene las decisiones de las cámaras. Aquí tambien los dexamos hablar, vamos adelante, y contamos con que el gobierno británico manifieste á la faz del mundo aquella incomparable fortaleza y extraordinaria energía, que se necesitan para establecer su sistema marítimo contra el poder de la Europa entera.

Me he abstenido de hablar de los emisarios de las partes rebeldes de nuestras Américas, que han alternado conmigo en las antepasas de V. E. No dexé, milord, de manifestar en algunas ocasiones las mortificaciones que sufría al ver el tono altanero con que me miraban; y aunque me tranquilizaban las respuestas de V. E., de que algo se habia de sacrificar á la gran causa, como muchas de estas gentes no entienden las máximas de estado, podrian llevar á mal este porte de ese gabinete.

Pudiéndose leer las cartas por gentes indiscretas, he dado las instrucciones convenientes sobre el modo de escribir en este y otros puntos á mi sucesor el conde de Fernan-Núñez. *Es de los nuestros*, y lo hará bien: tiene experiencia de negocios: fue el primer embajador nombrado por el Rei Fernando cerca de Napoleon; y aunque le quieren manchar por haber estado en Bayona, firmando la constitucion, jurádola y á Josef, y solicitando y obtenido de él el empleo de su montero mayor; todo esto tambien lo hice yo, pero fue por lo que fue. Despues ha desvanecido hasta la menor sombra con el brillante regimiento que formó, y á cuyo frente no pudo desgraciadamente manifestar toda su pericia y valor por su débil salud, y arrojar sangre por la boca, causas que le obligaron á retirarse. Repito, milord, que aunque haya habillitas sobre esta eleccion de embajador, es quanto cabe para el empleo; le considero mi digno sucesor, y puede V. E. fiarse en él como en mí mismo, y transmitirme por su medio sus órdenes é instrucciones privadas.

Renuevo á V. E. mis deseos de emplearme en quanto sea de su particular obsequio.

Cádiz &c. &c.

TEATRO.

En el de la Cruz, á las ocho de la noche, se executará la comedia nueva en quatro actos titulada *el Impostor*: se bailará el bolero, y se dará fin con el sainete la Beata habladora.